

tiva, nombrada por Santa Teresa *bese de la boca de Dios*. No es mucho que el autor de la *Imitación*—sea él quien fuere (14)—diga con frecuencia en apoyo de sus máximas: "Así habla el humilde Francisco".

Nadie deduzca de las doctrinas de San Francisco sobre estudios, que fuese el misticismo escuela de ignorancia. El misticismo, sencillo y humilde al parecer, es realmente el fin de la sabiduría, el más allá de la ciencia: cuando Jacopone de Todi, el poeta místico, adopta las formas candorosas o groseras del pueblo, ya se deja atrás a Platón y a Aristóteles, a los retóricos y a los teólogos; apártase de ellos, no porque no les conozca, no porque no haya dedicado diez años de su vida a profundizarles, sino porque no le satisfacen, no llenan el vacío de su alma. Ni la Orden de Menores hizo nunca profesión de despreciar o proscribir el estudio: al contrario, las dos escuelas más famosas de la Edad Media en ciencias filosóficas son París y Oxford: en la primera, alma madre de doctores franciscanos, veremos brillar con claridad vivísima a Nicolás de Lira, Mairón, San Buenaventura; la segunda, franciscana casi exclusivamente, la ilustran Escoto, Ockam, Rogerio Bacón, por no nombrar a otras lumbreras.

Con todo, es evidente lo que ya queda advertido, a saber: que caracterizan a la filosofía mística miras prácticas y positivas. Acostumbraba San Francisco predicar sin desplegar los labios, haciendo oficio de sermón su aspecto humilde y penitente, las mortificaciones escritas en su rostro. Lo mismo intenta la mística: enseñar y convertir sin echar mano del raciocinio, con sólo el amor, el sentimiento. Un franciscano hubo que aplicó la filosofía a la vida práctica: San Antonio de Padua, intérprete del ardiente misticismo popular. Antonio fué el primer lector de teología de la Orden; San Francisco, al conferirle

la facultad de enseñar en cátedra, le encargaba encarecidamente que no dejase extinguirse en los frailes el espíritu de la oración. De tal manera había logrado Antonio al principio ocultar sus conocimientos científicos, que sus compañeros apenas le creían capaz de leer el breviario: y a no descubrirse, por imprevistas circunstancias, que el silencioso fraile portugués era eficacísimo y docto orador, hubiese muerto ignorado; apenas se supo, le eligieron para inaugurar la enseñanza en la Orden (15). Más bien que la cátedra, es el púlpito el lugar en que Antonio desarrolló las doctrinas morales, tomadas, no de los filósofos paganos caros a su siglo, sino de las Escrituras, en que era tan profundo, que llegaron a llamarle *Arca del Testamento*. Comentando un pasaje del libro de los Reyes, dice para definir al perfecto orador sagrado:—"El predicador es un Elías, que ha de ascender al monte Carmelo, o sea a la cima de la santa plática, donde adquiera ciencia y aprenda a cercenar por medio de mística circuncisión todo lo superfluo, todo lo ocioso".—Con este precepto excluye la retórica, la elocuencia pomposa y galana, la imitación servil de modelos latinos.—"¡Ay de aquel, exclama, cuya predicación resplandezca de gloria mientras las obras le cubren de vergüenza!"

De este modo se anticipaba la mística a infundir en las venas del cuerpo escolástico soplo y calor de vida, lo que hoy se llama, con novedad feliz, *sentido interno*. Y en verdad que le convenía, pues no faltó entre los escolásticos cierta orgullosa pretensión de resolverlo todo por procedimientos científicos; vanidad ingenua, compañera de la juventud. Asimismo—en un movimiento filosófico tan fundamentalmente cristiano como el de la Edad Media—sorprende ver concedida la hegemonía a un pagano, Aristóteles. Bien considerado el hecho, se explica y cohonesto. Antiguo era ya el elemento aristotélico en la filoso-



fía cristiana: venía de la escuela dogmática y exegética, del tiempo de los Atanasios y Naciancenos. Y en realidad, ¿qué hacer, si sólo cabía elegir entre Aristóteles y Platón, y éste era tan poco conocido, que Santo Tomás lamentaba la rareza de sus obras y dificultad de conseguirlas? Ni el método inductivo de Platón satisfacía el ansia de una edad deseosa de aprender y reorganizarse, que veía tras de sí la devastación causada por el torrente bárbaro, y anhelaba edificar sobre el informe montón de ruinas, reconstruir el desmoronado monumento. Aristóteles, lógico en grado eminente, se le ofrece por maestro y guía, y le admite: en él halla realizada la distribución y clasificación de los conocimientos humanos: a falta de otras fuentes, la enciclopedia aristotélica presta inmenso servicio: es base y modelo de cuantas sobrevengan. Insensiblemente va la escolástica formándose en Aristóteles y otorgándole la primacía: su dialéctica, su formalismo lógico y regulador, se comunican a las escuelas, y sólo las inteligencias nutridas en la tradición agustiniana platonizan. Cuatro siglos dura la victoria peripatética: cuatro siglos en que Aristóteles pasa por autoridad inconcusa, andando acordes en este punto los filósofos musulmanes de Córdoba y Bagdad y los pensadores cristianos. No pereció con la Edad Media la fama extraordinaria del jefe del Liceo; atestigüelo, entre otros sucesos, la trágica muerte de Ramus. ¿Qué mucho, si aun escritores contemporáneos opinan que toda la filosofía griega, de Tales a Platón inclusive, carece de originalidad y espontaneidad, y es mera rapsodia de la mitología de Oriente, hasta que Aristóteles le presta carácter genuino y espíritu científico? (16).

Entre los dos grandes pensadores griegos que con desigual fortuna señorearon la Edad Media, la diferencia es más bien formal que real: no se contradicen: ya lo había observado Cicerón, al afirmar que

el Liceo y la Academia, distintos en nombre, son análogos en doctrina. Así pudieron repartirse el imperio del pensamiento cristiano; pero éste volaba ya más alto. Los doctores escolásticos, aunque discípulos de Platón y Aristóteles, formaron, alumbrados por la luz de Cristo, superior concepto de la igualdad y dignidad humana. Cuestiones dejó planteadas la antigüedad que elucidaron y resolvieron ellos con alientos mayores. Dígalo la memorable disputa de los *universales*, que fué principio de la decadencia de la escuela, pero también piedra de toque donde probó su valer. En este y otros problemas no menos importantes fijaron su atención los escolásticos, tan injustamente acusados de emplearse no más que en ergotismos vacíos y sofisticos juegos de palabras. Lanfranco, por ejemplo, corrigiendo y rectificando los textos adulterados por Berengario de Tours, resucitó la crítica: Godescalco y Rábano Mauro, al discutir acerca de la gracia, no apuraron una sutileza teológica, sino el fundamento mismo de la ética; mas la discusión de los universales es tan trascendental de suyo, que para entender algún tanto la labor de las inteligencias en el siglo XIII, es fuerza no ignorarla.

Boecio, rezagado del paganismo, último romano, echó en un pasaje de su versión de Porfirio las simientes de tan empeñada disputa. Recogiólas Roscelino, afirmando que las ideas generales son meras abstracciones formadas en el entendimiento mediante comparación de cierto número de individuos que reducimos a un concepto común, concepto que no existe fuera del entendimiento que lo concibió; por donde las ideas generales son en el fondo palabras no más, *flatus vocis*. ¿Adónde llega Roscelino por tales senderos? A deducir que siendo vanas palabras las ideas generales, sólo en las particularidades está lo real: corolario: en la Trinidad, lo real son sus tres



personas, no la unidad de su esencia: de aquí los errores antitrinitarios de Roscelino, que paran en grosero triteísmo. Abrumado por las impugnaciones de San Anselmo, Roscelino se retracta; y Felipe de Champeaux, dando en el extremo opuesto, sostiene que las ideas generales distan tanto de ser meros nombres, cuanto que son las únicas entidades que existen, y sólo mediante ellas conocemos los individuos: lo real es la humanidad; los hombres son sus fragmentos. Entre Roscelino y Felipe se situó Abelardo, otorgando realidad a los universales y a las particularidades a la vez: ya tenemos fundados los tres sistemas, nominalismo, realismo y conceptualismo, que tanto alborotaron hasta que Santo Tomás esclareció y resolvió el problema.

Para los nominalistas no hay género, ni más universalidad que la de los vocablos; para los conceptualistas, los universales son reales en la mente; para los realistas puros, los universales son objetivamente reales en la naturaleza. El caso era averiguar si las nociones generales de la razón, las ideas, existen nominal o realmente: la idea existe sin duda; pero ¿qué valor objetivo hemos de atribuirle? Delicada y grave cuestión, que de una y otra parte se presenta erizada de escollos. Los realistas caen en multiplicar entidades y abstracciones, y van arrastrados al idealismo escéptico: los nominalistas, al más desenfrenado empirismo. Inclínabase la Iglesia a las conclusiones realistas, sin reprobar explícitamente el nominalismo: en ambos sistemas hubo su ortodoxia y su heterodoxia, sus verdades y sus errores, como veremos: el nominalismo de Roscelino fué condenado por materialista, por panteísta el realismo de Amalario de Chartres. Entre las soluciones más ingeniosas puede contarse la del dominico Vicente de Beauvais, que declara que las ideas generales no están solamente en la inteligencia, sino en la realidad, puesto que la in-

teligencia las abstrae de individuos reales: ciertamente las nociones que de las cosas adquirimos carecen de modelo sustancial en la naturaleza; pero en la mente divina estaba, antes de la creación, su idea general, sus tipos, así universales como individuales. Atraídos y solicitados por tan hondo problema, todos los atletas de la escolástica quieren probar en él sus fuerzas. Santo Tomás enseña que lo universal no está en los individuos sino en potencia. Dunsio Escoto, que en acto, y que en vez de ser creado por la inteligencia, es dado como realidad: aplicando esta doctrina a la teología, el Doctor Sutil sostiene la Inmaculada Concepción de la Virgen; Rogerio Bacon se inclina al dictamen ecléctico (17); y un alumno del realista Escoto, del singular talento, Ockam, cuando a principios del siglo XIV yacía vencido el nominalismo, abraza con ardor su causa y renueva la polémica hasta obtener el título de *príncipe de los nominalistas*. Esta vital cuestión de los universales, que comprende al par el mundo de la naturaleza y el del espíritu, es de aquellas que perpetuamente han de dar asunto al discurso y ocupación al entendimiento. Debatida ya entre estoicos, platónicos y peripatéticos, ahincadamente discutida en la Edad Media, llegará a renovarse en nuestros días, con la forma y carácter propio de la edad presente, en la investigación acerca del origen de los seres y en las hipótesis evolucionistas y transformistas, que, filosóficamente consideradas, no son sino nominalismo aplicado a las ciencias naturales, bien como la pugna entre nominalistas y realistas es episodio del antiquísimo combate entre idealismo y sensualismo.

Decayó la escolástica; ¿qué mucho? Todo decae, hasta las formas que reviste la verdad en el intelecto. La escolástica hubo de eclipsarse al concluir la Edad Media, que a su vez termina al romper el protestantismo la unidad cristiana de las sociedades, al



declararse el poder civil independiente del eclesiástico: divorcio que la filosofía imitó, apartándose de su nodriza la teología. Y decayó, además, porque llevaba en su seno el abuso del dogmatismo y aun del criticismo; porque el materialismo averroísta la minaba, y porque ante los estudios filosóficos se alzó, rival temible, el del Derecho, la invasión de la jurisprudencia, antagonismo algo semejante al que hoy se manifiesta entre las ciencias físicas y la metafísica, y en que el Derecho llevaba la mejor parte, siendo camino para llegar a los honores, las prebendas y hasta las dignidades eclesiásticas, mientras los filósofos yacían pobres y olvidados (18). No estaba la escolástica limpia de toda culpa: buena parte de su descrédito se debió al tedio ocasionado por la docta palabrería, al escaso atractivo que encerraban argumentos entretejidos como redes, silogismos intrincados como nudos, asuntos frívolos y aun temerarios, si hemos de estar a la opinión de un obispo que escribía a un Papa esta queja de las aulas:—"Hay tantos escándalos como escritos, tantas blasfemias como disputas."—Dijérase que, a semejanza de la arquitectura gótica, que al declinar carga de hojarasca, flores y adornos sus antes sobrios monumentos, la escolástica en sus últimos instantes se envuelve en preguntas, respuestas, sutilezas, argucias y proposiciones. A despecho de lo cual podemos exclamar: ¡Gloriosa filosofía la que aun en su fase decadente se honra con nombres como el de Dunsio Escoto, Raimundo Lulio, Ockam!

Antonio de Padua fué el primer lector de teología de la Orden Franciscana; Alejandro de Hales, su primer profesor universitario. Alejandro, inglés de nación, se detuvo en el monasterio benedictino de Hales: de allí pasó a estudiar a París. De su vocación a la Orden de Menores se refiere curiosa leyenda: dícese que siendo Alejandro muy devoto de la Virgen,

y habiendo ofrecido conceder cuanto le pidiesen en su nombre, si rehusó entrar en las Ordenes Benedictina y Dominicana, no pudo negarse a la súplica de un lego franciscano que por amor de María le rogó vistiese el hábito, ya que los Menores carecían de un maestro tan sabio como él (19). También se cuenta que corriendo el año de noviciado, la austera vida y el apartamiento del mundo se le hacían muy cuesta arriba y le dominaba profunda tristeza, cuando una noche se le apareció San Francisco, que ascendía por fragoso monte cargado con pesada cruz; y como Alejandro quisiese ayudarle a llevar el peso, el Santo le dijo con severo rostro:—"No tienes valor para soportar una cruz de paja, ¿y vas a aliviarme de ésta de leño?"—Alejandro se sintió desde aquel punto mismo encendido en fervor. Admitido en la Orden que había de alumbrar con su ciencia, dedicó todo el tiempo que penitencias y oraciones le dejaban libre a la enseñanza magistral. Ganó presto celebridad inmensa: su coetáneo el cronista Salimbene atestigüa que los dos hombres más famosos del mundo, en sus días, eran el rey Juan de Jerusalén y el maestro Alejandro—"por lo cual—escribe—en su loor fué compuesto un cántico, mitad latino y mitad francés, que yo canté muchas veces".—En otro lugar, el mismo cronista asegura que—"según decían cuantos conocieron bien a Alejandro, no hubo en su época otro semejante a él". Llamábanle, en efecto, *Doctor de los doctores, fuente de vida*. De su doctrina afirmaba el canciller Gerson que todo elogio le viene corto, añadiendo que preguntado a Santo Tomás cuál fuese el mejor modo de estudiar teología, respondió:—"Ejercitarse asiduamente en conocer un solo Doctor";—y como le interrogasen qué Doctor había de ser ese, declaró:—"Alejandro de Hales" (20). Distinguió a Alejandro la aplicación constante del silogismo a la teología, por donde dió a la ciencia divina



forma rigurosa y racional; y le adornó abundantísima erudición profana, conocimiento más exacto y completo de los escritos de Aristóteles: sus predecesores apenas sabían sino de los tratados contenidos en el *Organum*; el Halense estudió y aprovechó toda la enciclopedia aristotélica, y acaso, con Alberto el Grande, fué el más notable traductor y comentador del Estagirita. Citó a Platón, y adaptó al Cristianismo sus teorías; estudió a los árabes, a Avicena; recogió en un haz la dispersa cultura exterior, griega, oriental, hebraica; fué el primero que en el estilo escolástico escribió sobre el célebre *Maestro de las sentencias*, que así era llamado Pedro Lombardo cuando cada filósofo tenía su nombre de combate y triunfo. El de Alejandro de Hales fué Doctor *irrefragable*, título que le dió el público, y confirmó Alejandro IV al dirigir al ministro provincial de Francia el diploma *De fontibus Paradisi*, donde, elogiando la Suma de Alejandro, declaró que en ella se ordenaba—"larga copia de sentencias irrefragables".—Y de hecho—dice el cardenal Manning—la *Summa Universæ Theologiæ* de Alejandro hubiese inaugurado nuevo período, si la amplitud y método más perfecto de la obra de Santo Tomás no la eclipsasen. Pero fué gloria del Halense que así Santo Tomás como San Buenaventura viniesen a sentarse al pie de su cátedra, y que los puntos del *Espejo Moral* de Vicente de Beauvais que Belarmino halló en los escritos del Angel de las escuelas, fuesen inspiración de Alejandro (21).

Tuvo Alejandro de Hales en alto grado el don de fecundidad que caracteriza a los escritores de aquellos siglos, en que, sintiendo la necesidad de levantar el edificio científico, dábanse prisa todos a acarrear materiales, sin detenerse mucho a pulirlos y escogerlos; en que brotaban los libros con premura y vigor, como rudos y potentes renuevos de cortado tron-

co. Alejandro dejaba una biblioteca (22) cuando su muerte privó a la Universidad de París del magno doctor, que no sólo la ilustraba, sino que la edificaba bajo un sayal llevado ejemplarmente por espacio de veintitrés años. Expresando el sentimiento causado por la pérdida del Halense, cantó Juan de Galandía:

.....  
*Enitet ergo senum speculum bonitatis amœnum  
 exemplar juvenum florenti dogmate plenum,  
 qui fuit Ecclesiæ directa columna, fenestra  
 lucida, turibulum, redolens, campana sonora* (23)  
 .....

Alejandro de Hales atrajo en París cantidad de letrados a la Orden Franciscana: Adán de París, Juan de Rupela, Odón de Rigaldo. En Oxford se realizó igual movimiento con Adán de Marisco, el cual fué a su vez impulsado del ejemplo de su compañero y amigo Adán de Oxford, a quien vió en sueños ascender por tan alta escala, que vanamente se esforzaba en seguirle... Murió, en efecto, Adán de Oxford en opinión de santo, predicando a los sarracenos: de él narra Eccleston (24) la misma anécdota que trasladamos al hablar de la vocación del Halense: las flores de la leyenda embalsaman la historia de los austeros pensadores escolásticos. Adán de Marisco fué el primer maestro franciscano que en Oxford enseñó: llamábanle *Doctor ilustrado*. De su mérito hay un testigo insigne, Rogerio Bacón, según el cual, sobre el vulgo de imperfectos filósofos, se alza perfecto Adán de Marisco, a quien compara con Avicena y Aristóteles, elogiando sobre todo su conocimiento de las lenguas extranjeras. Vivió Adán de Marisco en íntima familiaridad con eminentes personajes de su época: la mayor parte de sus obras se ha perdido, y quizás por eso el nombre del amigo de



Grosete y Simón de Monforte apenas figura hoy en los anales filosóficos.

Enmendando otros olvidos de la posteridad, detengámonos un instante—antes de llegar a las cimas, Buenaventura, Escoto, Raimundo Lulio—a recordar la numerosa serie de pensadores franciscanos de Oxford y París, que llenaron las cátedras con su enseñanza y su voz, y hoy duermen para siempre en el silencio del sepulcro, como sus trabajos, el fruto de sus heroicos esfuerzos, yace quizás en oscuros rincones de bibliotecas, o se dispersó hecho polvo y ceniza por los aires. Interés melancólico se despierta al evocar esos nombres que las generaciones se apresuraron a borrar de su memoria, y que parece no han servido, cual las nebulosas que se pierden en las profundidades del cielo, sino para hacer resaltar más con su resplandor vago la claridad brillante de los astros de primera magnitud. No obstante, tienen los secundarios su valor, su puesto en el sistema intelectual; y algo debieron valer y significar Juan de Rupela, maestro bajo Alejandro de Hales, que según Bernardo de Besa, lució a su lado como estrella luminosa; Roberto de Bastía, autor de un libro sobre el alma, y uno de los innumerables comentadores de Pedro Lombardo; Odón de Rigaldo, del cual sabemos por el cronista Salimbene que fué tan feo de rostro como gracioso de modales y obras, amigo de San Luis, óptimo disputador y predicador grato, que asistió a San Buenaventura en los graves empeños del Concilio Lugdunense; Guillermo Melitón—uno de los comisionados por Alejandro IV para completar la Suma del Halense,—que murió predicando, interrumpiendo el sermón para despedirse sosegadamente del auditorio; Estrabón de Bayona, de quien se refiere un caso parecido al que se cuenta de Dunzio Escoto, a saber: que tanto apretó con sus argumentos al terrible adversario de las Ordenes mendi-

cantes, Guillermo de San Amor, que éste hubo de exclamar:—“O eres ángel, o diablo, o Estrabón de Bayona”;—Alejandro de Villadei, insigne gramático, filósofo, matemático y astrónomo, que compendió en hexámetros la gramática y las Escrituras, en cámenes leoninas las Actas de los Apóstoles, en versos elegíacos el Ritual y el Calendario; Gilberto de Tourmay, escritor moral muy predilecto de Alejandro IV; Juan Wallis, a quien por el valer y copia de sus escritos llamaron *Arbol de vida*, esculpiendo un árbol sobre su losa sepulcral. Desde Alejandro de Hales hasta San Buenaventura se alza tan briosa hueste: después vienen los discípulos del Doctor Seráfico: Alejandro de Alejandría, apodado el *Joven* para distinguirlo del de Hales; Arloto de Prado, concordador de la Biblia, vencedor de todos los dialécticos de su tiempo; Ricardo Mediavilla, doctor *profundo, sólido y fundadísimo*, cuyas doctrinas sirvieron para confutar las de Wicleff en Constanza.

No cubrió tan completo olvido la fama de Francisco Mairón. Es Mairón el gladiador infatigable de la disputa escolástica, el introductor de la formidable prueba escolar, el *acto sorbónico*, en el cual había de permanecer el candidato, de cinco de la madrugada a siete de la tarde, sin comer ni moverse, en una misma postura de cuerpo y disposición de ánimo, respondiendo a todos y cada uno de sus opositores. Si durante aquellas mortales catorce horas flaqueaban la carne o el espíritu, el atleta vencido se retiraba sonrojado de la arena; pero si contestaba a la última objeción con claro discurso y sereno rostro, era llevado en volandas y en triunfo, y aclamado por los estudiantes. Francisco Mairón fué el primero a ensayarse en tan difícil paso de armas; por lo cual, en la Universidad, el primer acto sorbónico era siempre sostenido por un franciscano, el último por un dominico, y decíase proverbialmente:—*Francis-*